

T-3

Síntesis del video

¿Cómo hablar con otros que piensan distinto?

COPIA DE ESTUDIO ANONIMIZADA

Portada sustituida; contenido académico conservado desde la página 2.

1. Introducción

La exposición analiza por qué disponer de evidencia científica no garantiza que las personas cambien de opinión. A partir de su experiencia como científica, docente e investigadora de la posverdad, la autora concluye que los desacuerdos públicos no siempre nacen de la falta de información. En numerosos casos, las creencias se vinculan con emociones, identidades y pertenencias grupales; por esa razón, una explicación basada únicamente en datos puede resultar insuficiente.

El contenido también advierte que el tribalismo deteriora la conversación democrática. Cuando una opinión se transforma en parte de la identidad, cuestionar la idea puede sentirse como un ataque contra la persona. De esa manera se fortalece la división entre “amigos” y “enemigos”, aumentan la agresividad y la desconfianza, algunas voces se retiran del debate y se vuelve más difícil construir acuerdos auténticos.

Ante este problema, la autora no propone abandonar las convicciones ni aceptar cualquier postura. Su propuesta consiste en aprender a expresar posiciones definidas sin reproducir una dinámica intolerante. Para lograrlo, plantea distinguir entre lo que se cree y la manera en que se cree, promover activamente la pluralidad, escuchar para comprender y separar el respeto debido a las personas de la evaluación crítica que deben recibir las ideas.

2. Tabla resumen

La primera conclusión de la autora es que la evidencia es necesaria, pero no suficiente. Como científica, comprobó que existen conocimientos bien sustentados, por ejemplo, la realidad del cambio climático y la seguridad y eficacia de las vacunas, que aun así son rechazados por algunas personas. Más tarde pensó que el problema podía resolverse mediante la educación. Sin embargo, al explicar a una estudiante por qué las vacunas no eran peligrosas, descubrió que la información adicional no produjo el cambio esperado. A partir de estas experiencias, concluye que enseñar datos correctos no basta cuando el desacuerdo tiene componentes emocionales, ideológicos o relacionados con la confianza.

La autora define la posverdad como una situación en la que la información está disponible, pero es desplazada por emociones o creencias. No todas las opiniones poseen la misma fuerza: algunas son débiles o temporales, otras son intensas y duraderas, y ciertas ideas terminan incorporándose a la identidad. Cuando esto ocurre, cuestionar una opinión se interpreta como cuestionar quién es la persona. Para proteger su integridad, los individuos buscan a quienes se encuentran en la misma situación y forman grupos que se refuerzan entre sí. Esa dinámica es el tribalismo. Por eso, en determinados conflictos, ni la evidencia ni la educación logran modificar las posiciones: la persona ya no solo piensa algo, sino que siente que “es” aquello que piensa.

Otra conclusión central es que el tribalismo no solo genera enfrentamientos; también produce silencio. Cuando cada desacuerdo se presenta como una lucha entre el bien y el mal, las

opiniones dejan de funcionar como puentes temporales y se convierten en trincheras que separan a “los nuestros” de “los otros”. Muchas personas se retiran de la conversación no porque carezcan de ideas o interés, sino por miedo, agotamiento, frustración o temor al castigo social. Al disminuir las voces, el silencio puede confundirse con aprobación. Así aparece una ilusión de consenso: como se escucha una sola posición, parece que solo existe esa posición, y cualquier opinión diferente empieza a percibirse como extraña, ilegítima o eliminable.

La autora rechaza el falso dilema según el cual solo existen dos opciones: expresar las ideas despreciando a quienes piensan distinto o guardar silencio y dejar las decisiones en manos de quienes hablan con mayor fuerza. Existe una tercera posibilidad: mantener posiciones claras, incluso intensas, sin adoptar la dinámica del discurso intolerante. Para ello propone distinguir entre lo que se cree y cómo se cree. Una persona puede defender con firmeza una idea sin convertirla en la totalidad de su identidad, sin tratar al discrepante como enemigo y sin cerrar la posibilidad de revisión. Cuando el “cómo” deja de ser tribal, reaparecen los matices y la conversación vuelve a ser posible.

La conclusión general de la autora es que los conflictos de la vida pública no pueden comprenderse únicamente como problemas de información. La evidencia y la educación conservan un valor esencial, pero pierden eficacia cuando una creencia se encuentra unida a la identidad, a la pertenencia grupal o a la necesidad de protegerse. En esas condiciones, corregir datos sin comprender la dimensión emocional e ideológica puede aumentar la resistencia en lugar de reducirla.

También se concluye que el tribalismo afecta tanto a quienes hablan como a quienes callan. La agresividad convierte el desacuerdo en una lucha entre bandos, expulsa voces del debate y crea una apariencia engañosa de unanimidad. Por ello, el silencio no debe interpretarse automáticamente como consentimiento. Una democracia saludable necesita que las diferencias puedan hacerse visibles sin que las personas sean castigadas socialmente por expresarlas.

La propuesta de la autora no consiste en debilitar las convicciones, sino en cambiar la manera de sostenerlas. Distinguir entre lo que creemos y cómo lo creemos permite defender una postura sin convertirla en una identidad cerrada. A partir de esa separación se vuelve posible buscar pluralismo, escuchar para comprender, debatir las ideas con rigor y respetar a las personas. El consenso verdadero no elimina las diferencias; se construye mediante acuerdos alcanzados a pesar de ellas.

Desde mi punto de vista, la metáfora del fuego resume con claridad la reflexión final. Una conversación puede apagarse por miedo y silencio, o descontrolarse por agresión e intolerancia. El reto consiste en mantenerla viva y conducirla con responsabilidad. Aprender a conversar de esta manera no garantiza que todos piensen igual, pero sí crea mejores condiciones para corregir errores, tomar decisiones colectivas y convivir democráticamente.